

sol, el mayor entre todos los astros; así también la Santísima Virgen es la más grande y excelente de todas las creaturas. Por muchos elogios que de esta excelencia pudéramos decir, jamás llegarían á igualar los que Ella por tantos títulos merece; y bien podemos asegurar con San Basilio de Seleucia: "El que alabándote, Virgen sacrosanta, dijese debidamente de Ti todo lo más ilustre y glorioso, nunca errará del blanco de la verdad; y con todo eso jamás igualará la grandeza de tu dignidad con expresión alguna." Y es que, aunque creatura, nuestra Madre Santísima constituye por sí sola una jerarquía sublime, en la cual siendo inferior sólo á su divino Hijo, forma un estado inaccesible á toda otra creatura, y contiene en sí con incomparable exceso todo lo bueno y hermoso de todas las perfecciones creadas. "Por cierto se debe tener, dice San Bernardino de Sena, que la gloriosa Virgen María excede todos los órdenes angélicos, como que por sí sola llena y contiene un estado cabal y perfecto."

Pero María, aunque comparada por su belleza á la luna, tiénela á sus pies en aquella maravillosa visión del Apocalipsis. En sus distintas fases, y en su frialdad y lucidez, la luna representa los bienes terrenales, la amistad, el amor y la vana ciencia del siglo; razón hay para que la celestial Señora los tenga bajo sus purísimos pies, siendo todo esto tan variable, mezquino y perecedero. La Santísima Virgen dice de sí misma en el sagrado libro del Eclesiástico: "*Yo soy la Madre del amor hermoso.*" Y cierto, que ese bellissimo amor, el amor del supremo Bien no pasa, ni

perjudica; como perjudican muchas veces, y pasan siempre, los miserables amores del mundo.

¡Oh mística y bellísima Luna, Madre Santísima de la Luz! Bañadme, Os ruego, con esos rayos benignísimos de luz celestial, para que no yerre en medio de la obscuridad que envuelve los caminos de la vida, y llegue felizmente á los goces de la eterna patria.—Amén.

EJEMPLO.

A María, Madre Santísima de la Luz, deben los más notables oradores sagrados la maravillosa eficacia de su palabra.

El célebre predicador, *P. Zucchi*, de la Compañía de Jesús, era admirable por la facilidad con que en todas las ocasiones desempeñaba este laborioso ministerio y por los copiosos frutos espirituales que en él obtenía. Durante muchos años, el número de sus sermones elevábase á treinta y cuatro cada semana; oíanle con avidez y con asombro las clases todas de la sociedad, y su extraordinaria y arrebatadora elocuencia atraía á sus sermones á los Prelados, Cardenales, y aun al mismo sumo Pontífice Alejandro VII. Y, sin embargo, este hombre, que con la fuerza de su palabra conmovía y dominaba los más empedernidos corazones, era impotente para escribir un plan el más sencillo de cualquiera plática doctrinal. No podía escribir; pero sabía hablar con avasalladora y maravillosa elocuencia. ¿Cómo explicar fenómeno tan raro y sorprendente? Un día que estaba en oración, hizole oír Su divina Majestad estas palabras: "Hijo mío, yo te prometo que no te faltará jamás la

palabra en el púlpito, con tal de que, antes de subir á él, reces devotamente un *Ave Maria*, para honrar á mi Santísima Madre." Este era el secreto de la prodigiosa elocuencia del P. Zucchi.

Ave, vas sinceritatis,

Lux lucens in tenebris,

Ave, sidus claritatis,

Luna sine nebulis;

Ave, templum Deitatis,

Virgo venerabilis;

Ave, forma venustatis,

Honor nostri generis.

(San Pascasio Ratberti, monje).

Salve, limpio Vaso,

Luz de las tinieblas,

Astro luminoso,

Luna que no mengua;

Templo de Dios vivo,

Virgen, Madre excelsa,

Gloria de los hombres.

J. V.

OBSEQUIOS Á LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

Alegarse de todo corazón de las altísimas prerogativas y perfecciones de María.—Esto enseñó Ella misma á *Santa Matilde*, que deseaba con ansia hacer algo en que pudiese complacerla. Y esto hacia con entusiasta fervor *Carlos*, hijo de *Santa Brígida*, mereciendo por ello alcanzar victoria del demonio á la

hora de la muerte.—Con entrañable ternura decía una vez *Santa Brígida* á la Santísima Virgen: "*Señora, antes escogería yo no haber tenido ser en el mundo, que el que Vuestra purísima Majestad no hubiese venido á él, y no fuese Madre de Dios, y Reina del universo.*" A lo cual respondió la celestial Señora: "*Ten por seguro que María valdrá mil veces más á Brígida, de lo que Brígida se vale á sí misma.*"

Ant. Celebremos con alegría, etc.

DÍA SEXTO.

Por la señal, etc.

Señor mío Jesucristo, etc.

ORACIÓN PARA TODOS LOS DÍAS.

¡Oh María! etc.

(Petición, etc.)

ALABANZAS Á LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

Dios te salve, *María*, MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ, *Estrella* brillantísima, que difundes en favor nuestro rayos de misericordia y de bondad.—*Dios te salve, María, etc.*

Dios te salve, *Espejo* fidelísimo, en el cual se refleja toda forma de grandeza y de virtud.—*Dios te salve, María, etc.*

Dios te salve, singularísimo *Sol*, luz de las creaturas, espejo del Creador, que á todas ellas excedes en belleza, en utilidad y en claridad, y las eclipsas con tu admirable lucir.—*Dios te salve, María, etc.*

ORACIÓN.

¡Oh María, Madre Santísima de la Luz! ; Virgen bellísima, é Inmaculada Esposa de Dios, que, cubierta con vestido de oro á la derecha del eterno Rey, á nosotros, despojados de la gracia por haber gustado la fruta vedada, nos vestís con purpúreo traje, con el manto del divino perdón! Vos sois la feliz escala, apoyada en Dios, por la cual de nuevo suben los hombres al cielo; Vos contempláis sentado á la diestra de Dios Padre, al que llevasteis en vuestro seno purísimo y reclinasteis cariñosa en el pesebre. Por Vos ha logrado el hombre trozar las fuertes cadenas con que le ahorrjara el infernal enemigo, y ligar animoso con ellas á su tiránico vencedor. ; Gracias mil sean dadas á la infinita majestad de Dios, por tantas que en su inmensa bondad se ha dignado concedernos! Y á Vos, Madre Santísima, ; mil felicitaciones las más expresivas, por ese amor tiernísimo con que siempre habéis correspondido á sus gracias! ; Ah, si nosotros nos decidiésemos á amarle también sobre todas las cosas! ; Si comenzásemos por distinguirmos en temerle! He aquí la gracia que hoy os pedimos, Señora; que nos consigáis entrañemos en lo más íntimo de nuestra alma el santo temor de Dios.

Desde hace muchos siglos nos lo está inculcando el Espíritu Santo. "Temed al Señor, nos dice, y servidle con un corazón bien perfecto y sincero." Y á este santo temor da tanta importancia Su divina Majestad, que con mucha frecuencia nos le recuerda con estas palabras de indiscutible oportunidad en todos los siglos. "Al Señor Dios tuyo temerás, y á El sólo ser-

virás." advirtiéndonos de paso que esta preciosa virtud ha de probarse constantemente con las obras; porque "quien teme á Dios, nada descuida." Haced, pues, Madre piadosísima, que prácticamente fomentemos y acrecentemos en nuestra alma este santo temor, persuadiéndonos de la deformidad del pecado, expiando con digna penitencia y satisfacción los que hemos cometido; concibiendo propósito firmísimo de nunca más cometerle en adelante, por leve que parezca; procediendo con mucho cuidado y diligencia en todas nuestras acciones, como que estamos constantemente en la presencia de Dios; y despojándonos de todo humano temor, que pudiera debilitar de algún modo en nosotros esta indispensable virtud. Así, Madre amorosísima, os complaceremos y daremos gloria, en lo posible, á Vuestro divino Hijo, con el cual y con Vos reinemos por siglos infinitos en el cielo.—Amén.

LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ
ESPLENDIDÍSIMO SOLEN BENEFICIO DE LOS HOMBRES.

Meditando San Pedro Damiano sobre las razones, por las cuales en el sagrado libro de los Cantares se dice de la Santísima Virgen que es "Escogida como el Sol," dice que el Espíritu Santo no ha encontrado objeto alguno con que compararla, entre todas las creaturas materiales; porque la claridad del Sol es muy superior á la de la luna. Esta, aunque parezca debilitar por su esplendor la luz de las estrellas, no las hace desaparecer; mientras que el sol, con la fuerza poderosa de su luz eclipsa por completo los demás

astros. Tal es María, cuyos méritos, excelencias y prerogativas la exaltan sobre todos los ángeles y demás bienaventurados, de manera que, fuera de Dios, no hay más brillo y esplendor que el suyo entre todas las creaturas. A los ojos de Su divina Majestad aparece siempre tan hermosa, tan pura y tan perfecta, que no pudiendo, por decirlo así, contener los transportes de su purísimo amor, la dice: "*Toda tú eres hermosa, oh amiga mía, no hay defecto alguno en ti.*" Nada son, comparadas con su sabiduría y hermosura, la hermosura y sabiduría de Judit, de la cual decían los asirios, como refiere el Espíritu Santo: "*No hay en el mundo mujer semejante á ésta en la gentileza, en la hermosura del rostro, ni en el hablar discretamente.*" Nada significan tampoco la gracia y amabilidad de Ester, de quien aseguran las sagradas Letras que "*era de extremada hermosura é increíble belleza, y así parecía graciosa y amable á los ojos de todos.*" Excediendo incomparablemente en virtudes, perfección y belleza á todas las creaturas, como en brillo y en calor excede el sol á los demás astros, no es maravilla que aun los mismos ángeles se muestren admirados de tanta sublimidad y grandeza, y se pregunten extáticos: "*¿Quién es esta que va subiendo cual naciente aurora, bella como la luna, brillante como el sol, terrible y majestuosa como un ejército formado en orden de batalla?*" Baste decir que el divino Rey la ama incomparablemente más que á todas las demás creaturas, pues la dice: "*Has herido mi corazón, oh hermana mía, esposa amada, has herido mi corazón con una sola mirada tuya, con una trenza de tu cuello.*"

Y, ¿cómo no ha de transformarla en místico y es-

plendoroso sol aquella adhesión estrechísima al soberano Bien, por vía de unión y como de transformación en él, que divinizaba todas sus acciones haciéndolas dignas de incalculable mérito? Aquellos celestiales ardores que constantemente inflamaban en amor purísimo hacia Dios su immaculado Corazón, convertíanla en sol ardiente y abrasador, cuyas llamas de encendida caridad no hubieran podido emular los mismos serafines. Y entonces fué, como observa Barbier, cuando aconteció un prodigio nunca oído: este purísimo Sol, en medio de sus voraces ardores y de sus transportes más que seráficos, produjo otro Sol naciente, del cual dice el Salmista que, "como esposo que sale de su tálamo saltó como gigante á correr su carrera." Tal es el Verbo encarnado, verdadero Sol de justicia, "*Luz verdadera, que cuanto es de sí alumbrá á todo hombre que viene á este mundo.*"

Con razón, como dice San Bernardo, se nos representa á María vestida del Sol; porque sumergida en aquella luz inmensa é inaccesible del mismo Dios, ha penetrado cuanto no es decible, en el abismo infinitamente profundo de la divina Sabiduría. Pero María es mucho más brillante que el sol, como enseña el Espíritu Santo en el libro de la Sabiduría: "*Es más hermosa que el sol, y sobrepuja á todo el orden de las estrellas; y si se la compara con la luz, le lleva mucha ventaja.*" Por eso la llama San Juan Damasceno "Puerta de la vida y Fuente de la luz;" y San Epifanio, dulcemente conmovido ante tal grandeza y abundancia de celestial claridad, exclama: "Yo os saludo, oh Virgen santa, Madre de la Luz eterna, de aquella luz que en el cielo ilumina la multitud de los ángeles,

llena el ojo incomprensible de los serafines, facilita al sol sus espléndidos ardores y disipa las tinieblas del mundo. . . . Yo os saludo, Madre de la Luz que subió al Empíreo é ilumina los cielos y la tierra. Fuéronle infundidos á María las siete luces del Espíritu Santo, que son sus siete dones; y pueden aplicársele muy bien aquellas palabras de su divino Hijo: "*Yo soy la Luz del mundo; el que me sigue, no camina á oscuras, sino que tendrá la luz de la vida.*"

¡Oh Madre Santísima de la Luz! ¡Espléndido Sol, cuya luz á todos favorece! Iluminad mi alma, abrasad en divino amor mi corazón, para que, elevado sobre las naderías y cuidados de la tierra, aspire con todo mi ser á los bienes celestiales y eternos.—Amén.

EJEMPLO.

A la especialísima protección de la Inmaculada Virgen María, deben muchos de los verdaderos sabios la *ciencia extraordinaria* que los ha hecho célebres. Uno de ellos es el *Padre Francisco Suárez*, de la Compañía de Jesús, llamado por la extensión y profundidad de sus conocimientos, el *Doctor Eximio*. La incapacidad que al principio de su vida religiosa manifestó para los estudios, púsole en peligro de ser despedido de la Compañía ó relegado al humilde grado de Hermano Coadjutor, que él mismo pidió, persuadido de su insuficiencia, por no perder su vocación religiosa. Postrado un día ante una Imagen de la Santísima Virgen, le rogó encarecidamente hiciese brillar en su alma, para gloria de Dios nuestro Señor, un rayo de celestial sabiduría. Y de pronto, el humil-

disimo Suárez, por tocos considerado hasta entonces como inepto é incapaz para los estudios, sorprende á sus condiscípulos y maestros por su maravillosa facilidad de comprensión y la singularísima lucidez de su inteligencia. Muy pronto eclipsó con el brillo de su sabiduría á los hombres más sabios de su época, hasta el grado de que el mismo Sumo Pontífice quiso honrar alguna vez su extraordinario mérito, acudiendo á oír sus lecciones en la misma ciudad de Roma. Y, sin embargo, este sabio de primer orden se complacía en asegurar que daría gustoso toda su ciencia por un *Ave María* bien rezada. Para aclarar los misteriosos problemas de la Teología y encontrar satisfactoria solución en sus dudas, imploraba el auxilio de María, postrado ante su sagrada Imagen. Su devoción á la inmaculada Reina de los ángeles fué siempre tiernísima; á la defensa de sus glorias consagró una de sus obras más excelentes; y para celebrar la santa Misa en sus principales festividades, preparábase con dos horas de fervorosa oración.

Sola Virgo parens,

Omni labe carens,

Sidus semper clarens,

Angolorum lux.

Mater sole amicta,

Semper benedicta,

Tu virago invicta,

Tu solutis dux.

Caput anguis teris,

Ranum pacis geris;

Esther tu videris

Quam non urget lex;

Oculo respexit,

Corde praeilexit,

Dexterâ protexit,

Te, caelorum Rex.

Virgen pura y Madre á un tiempo

Exenta de toda mancha,

Estrella que siempre brilla,

De los ángeles luz santa.

Madre, á quien el Sol ardiente

Con su lumbré envuelve y baña,

Mujer fuerte y bendecida,

Vida, salud y esperanza.

Tú llevas de paz el ramo

Y nueva Ester no obligada

A dura ley, la cabeza

De la serpiente quebrantas.

Con preferencia Dios puso

En Tí su augusta mirada,

Y te protegió amoroso

Con su diestra soberana.

J. V.

OBSEQUIO Á LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

Tracer siempre consigo una Imagen de la Santísima Virgen.—Tanto le teme Satanás, que prometió un día á un ermitaño no volver á tentarle más en materia muy delicada, como hasta entonces, con tal que quitase de su celdilla una imagen de la celestial Señora, que conservaba con grande veneración. Esperaba vencerle de otra manera, viéndole privado de

esta eficazísima devoción.—El emperador *Ludovico Pio* llevaba siempre consigo una Imagen de *María*; y cuando salía á caza, mientras los demás se divertían en ella, él se quedaba arrodillado ante la sagrada Imagen.

Ant. Celebremos con alegría, etc.

DÍA SEPTIMO.

Por la señal, etc.

Señor, mio Jesucristo, etc.

ORACIÓN PARA TODOS LOS DÍAS.

Oh *María*! etc.

(*Petición, etc.*)

ALABANZAS Á LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

Dios te salve, *María*, MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ, rutilante *Estrella del mar*, no sólo iluminada é ilustrada, sino vestida del mismo divino Sol.—*Dios te salve, María, etc.*

Dios te salve, *Espejo* intelectual del *Esplendor del Padre*, con cuyo brillo purísimo quedamos ilustrados de sobrenatural claridad.—*Dios te salve, María, etc.*

Dios te salve, espléndido *Sol*, que á los infelices pecadores que yacen en lamentable corrupción, con tus méritos y ejemplos los atraes al culto de tu divino Hijo y á la práctica de la virtud; como el Sol físico, elevándose sobre el horizonte, atrae con su calor las gotas del agua salada, para resolverlas en saludable rocío.—*Dios te salve, María, etc.*

ORACIÓN.

¡Oh María, Madre Santísima de la Luz! ¡Virgen Inmaculada, que fuisteis concebida por beneplácito del Padre, por obra del Hijo y con la cooperación del Espíritu Santo, que da la vida! El Padre os creó Hija predilecta suya, el Hijo os preparó para Madre suya purísima, y el Espíritu Santo os enriqueció, para que fueseis su castísima Esposa. Todos los hombres os bendicen, y por todas partes resuenan en vuestro obsequio perpetuas y tiernísimas felicitaciones, al ver que abre el Señor el animado Paraíso, que, por medio del germen vivificante que de El brota, restituye á la vida á los desventurados hijos de Adán, un día expulsados del Edén y condenados á muerte infelicitísima. En mal hora se dejaron arrastrar á la culpa nuestros primeros padres, engañados por las malignas sugerencias de la infernal serpiente; y agravaron, por desgracia, su delito resistiéndose á confesarle con sinceridad. ¡Pluguiese á Dios que aleccionados por esos tristes sucesos, fuesen más cautos sus descendientes, evitando cuidadosos el pecado, y confesándole con integridad, contritos y sinceros, si tuviesen la desgracia de cometerle! Y esta desgracia ¡es tan frecuente! Porque, *“si dijéremos que no tenemos pecado, nosotros mismos nos engañamos, y no hay verdad en nosotros,”* como nos hace observar el Espíritu Santo.

Urge, pues, Madre piadosísima, que, ya que somos reos de tantos pecados, reconozcamos con humildad nuestra miseria y nuestra malicia; que mucho peor sería encubrirlos con hipocresía abomina-

ble, exhibiéndonos como justos entre los hombres, cuando en la presencia de Dios, que escudriña lo más íntimo de los corazones, aparecemos tan miserables é indignos. Conseguidnos, pues, gracia, para que nos movamos con empeño á confesar con sinceridad nuestras faltas, recordando consolados aquella divina sentencia: *“No te avergüences de decir la verdad cuando se trata de tu alma.”* Y con cuánta integridad la hayamos de decir, nos lo enseña con estas palabras el Espíritu Santo: *“Derrama como agua tu corazón ante su presencia;”* porque no dice que derramemos el corazón como se derrama el aceite; la sangre, la leche ó el vino, pues de éstos siempre queda algo de sustancia, de color, olor ó sabor; sino que le derramemos como agua cuando no queda ni una sola gota; porque *“quien encubre sus pecados, no podrá ser dirigido.”* Plegue al Señor, y os lo pedimos, Madre amantísima, con toda el alma, que tengamos siempre gracia para confesar arrepentidos nuestras faltas, recordando para nuestro consuelo aquellas inspiradas palabras del evangelista San Juan: *“Pero si confesamos humildemente nuestros pecados, fiel y justo es el Señor para perdonárnoslos, y lavarnos de toda iniquidad según su promesa!”* Que de este modo purificada el alma, se una cada vez más á Dios nuestro Señor, para que llegue á reinar con El eternamente en el cielo.—Amén.

LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ, DOTADA
DE CELESTIAL SABIDURÍA.

Desde la purísima é inmaculada Concepción de María habitó en Ella con muy especial complacencia la Santísima Trinidad, y en Ella vivió sustancialmente todo un Dios hecho Hombre, durante los nueve meses que permaneció como en riquísimo tabernáculo, en su seno virginal. ¿Qué conocimientos tan íntimos y elevados no enriquecerían el alma bendita de María en esta larga y estrechísima unión con Dios nuestro Señor! La sabiduría que le fué comunicada era tan sublime, que jamás la oscureció sombra alguna de error ni de ignorancia; siempre perseveró enriquecida con abundantes luces de la fe más perfecta y de una contemplación clarísima de las cosas divinas. Si esa fe altísima pudiera ser distribuida entre todos los hombres, bastaría á iluminarlos á todos ellos. Con qué regaladísimas visiones no enriquecería el Señor este su celestial tabernáculo, en que por tanto tiempo descansó con dulcísimas complacencias, hipostáticamente unida su divinidad á la humanidad sacratísima! "Imaginad, dice San Bernardino de Sena, que todas las creaturas racionales se convirtiesen en otros tantos Apóstoles, tan santos é ilustrados como San Pablo. Pues todas sus altísimas contemplaciones no llegarían á la contemplación de la Virgen; porque aunque San Pablo fué vaso escogido de santidad, María fué vaso inmediato é inmensamente más capaz de la divinidad." Si los excesos y finezas del amor divino son tan grandes é inexplicables, aun en su trato suavísimo con almas,

en que á veces encuentra ingratitud, rusticidad é ignorancia, ¿cuáles serían las dulces complacencias y altísimas comunicaciones que mediarían entre Dios nuestro Señor y la Santísima Virgen, en la cual todo era plenitud de santidad, de luz, de amor y de perfectísima correspondencia? "María, dice San Jerónimo, en el creer era toda fe, en el conocer toda ojos, toda caridad en el amar, y en obrar toda virtud."

¿Cómo no había de poseer la más alta sabiduría esta celestial Señora, siendo Ella en cierto modo la Sabiduría misma? A Ella aplican los Santos Padres las maravillosas propiedades que á la sabiduría atribuye la sagrada Escritura. Compárala al agua, al río y al mar; porque el agua fecundiza la tierra, riega las plantas y apaga la sed; pero María riega las almas áridas, satisface á los que sienten sed de justicia, alegra los corazones, aliméntalos con esperanzas y goces suavísimos, los fecundiza para la práctica de buenas obras, los rejuvenece y vivifica.

Y ¿qué contrastes tan notables y consoladores entre la verdadera sabiduría de esta celestial Señora y el imprudente proceder de Eva! "Esta, dice Cornelio Alapide, seducida por su loco afán de independencia, déjase arrastrar al pecado que hace infeliz á su descendencia; María, preservada por su sabiduría, merece ser elegida para cooperar á la salvación del género humano. Eva fué como espina emponzoñada, que punzando á Adán, causó su muerte é hizo penetrar el veneno del pecado en todos los individuos de la familia humana; María, Virgen prudentísima, es la Sede de la Sabiduría, como la llama la Santa Iglesia. Eva nos ha herido, clavándonos dardo mor-

tal; María nos ha salvado, arrancándole prudente y valerosa. Eva ha escuchado á la serpiente, y por eso ha entrado la muerte en el mundo; María, en su admirable sabiduría, ha escuchado al Angel, proporcionándonos así la vida verdadera. Eva, prestando oído á la voz de la serpiente, ha dado entrada en su corazón al demonio; María, asintiendo á las palabras del Angel, ha concebido al Verbo divino en su seno virginal. Eva comió, con el bocado prohibido, fruto de muerte, y muerte trístisima comunicó á todos sus descendientes; María, alimentándose del fruto de la vida, ha dado vida felicísima á los hombres. En fin: la locura de Eva todo lo había destruído; la sabiduría de María todo lo ha reparado.

Por la sabiduría de nuestra Madre Santísima se nos han abierto los tesoros de la gracia: Ella será la vida y la gracia de nuestra alma. ¡Oh Madre Santísima de la Luz, dotada de tan abundante y celestial sabiduría! Dignaos derramarla en nuestros pensamientos, nuestras palabras, nuestros deseos y todas nuestras empresas, obras y aspiraciones, para que en todo seamos de Dios y le sirvamos siempre para su mayor gloria.—Amén.

EJEMPLO.

Los hombres que más se han distinguido por su talento y su sabiduría, de ordinario han descollado también en devoción y afecto tiernísimo á la Inmaculada Reina de los Angeles. Esto acontece de una manera especial entre los eclesiásticos y en las Ordenes religiosas. Por lo que hace á la *Compañía de*

Jesús, el P. Juan Eusebio Nieremberg; dice lo siguiente: "Mírense cuáles hayan sido los escritores más insignes de nuestra Compañía en todos géneros de doctrina, y los hallaremos especialísimos devotos de esta Señora." Y cita como eminentes en *Teología escolástica* al P. Suárez; en la *Moral* al P. Sánchez; en la *Mística* al P. Alvarez de Paz; en la *Escritura sagrada* á los PP. Barradas, Manuel de Sá, Juan Fernández y Maldonado; en *Controversia* al Beato Canisio, y en *Lingüística y Erudición eclesiástica* al P. Francisco Torres.

Pero, estos y otros muchos sabios, como los PP. Salmerón, Toledo y Belarmino, emplearon gozosos en perpetuar las alabanzas y las glorias de María todos sus talentos y actividad; y sin hacer mención de los que se han esforzado en enaltecerla en muchos tratados teológicos, panegíricos y piadosos, cuéntanse más de dos mil doscientas obras escritas por religiosos de la Compañía de Jesús en obsequio de la Santísima Virgen. De ellas, noventa y dos tratan de su santísima Vida; doscientas seis de sus grandezas y privilegios; noventa y ocho sobre la liturgia de María; treinta y seis sobre sus Fiestas y Misterios; trescientas cuarenta y cuatro sobre su Inmaculada Concepción; doscientas setenta y cuatro sobre otras fiestas; doscientas ochenta sobre la Devoción á María; ciento diez y siete acerca de devociones particulares, como Mes de María, Rosario, Escapulario, etc.; doscientas veintiséis sobre sus Congregaciones y Cofradías; cuatrocientas cincuenta y una sobre sus peregrinaciones, reliquias y milagros; y ochenta y dos nos representan la música y las bellas artes, puestas

al servicio de María. Estas dos mil doscientas obras están escritas en casi todas las lenguas que se hablan sobre la tierra; latín, castellano, francés, italiano, inglés, alemán, portugués, polaco, ruso, griego, flamenco, bohemio, ilirico, árabe, etc., sin exceptuar las lenguas tamul, china y del Tonkin.

Ave maris stella,

Munda Dei cella,

Innocens puella,

Gratiarum ros,

Ave tutus portus,

Voluptatis hortus,

In quo est exortus

Deitatis flös.

Rosa sine spina,

Viola in pruina,

Vitae medicina,

Dulcis super mel;

Candida natura,

Prima Dei cura;

Tu columba pura

Quae non habes fel.

Salve, rutilante Estrella
Del mar, de Dios limpia casa,
Niña de inocencia espejo,
Rocío y fuente de gracias;
Puerto abrigado y seguro,
Jardín de delicias castas,
De donde la flor divina
Pura y fragante brotara.

Rosa sin espinas, fresca

Vida nacida entre escarcha,

Medicina de la vida,

Dulce más que miel al alma,

Candor de la luz del cielo,

Por Dios sobre todo amada,

Hermosa entre las hermosas,

Y sin hiel paloma blanca.

J. V.

OBSEQUIO Á LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

Rogar por las Almas del Purgatorio, que en esta vida han sido más devotas de la Santísima Virgen.— Esto hacía Santa María Magdalena de Pazzis; y viendo en éxtasis un día las terribles penas que padecen aquellas Almas benditas, ofreció para su refrigerio la Sangre preciosísima de Jesús. Y esto es muy del agrado de María; la cual en una ocasión se dignó decir á Santa Brigido que Ella era la “Madre de las santas almas del Purgatorio.”

Ant. Celebremos con alegría, etc.

DIA OCTAVO.

Por la señal, etc.

Señor mío Jesucristo, etc.

ORACIÓN PARA TODOS LOS DÍAS

¡Oh María! etc.

(Petición, etc.)

ALABANZAS Á LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

Dios te salve, María, MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ, Estrella siempre rutilante, y siempre clara en la fe, que nunca puede padecer eclipse.—*Dios te salve, María, etc.*

Dios te salve, clarísimo *Espejo*, por el cual han recibido vivísimos rayos de salvadora claridad los que yacían en las densas tinieblas del pecado, al contemplar reflejado en Ti al divino Sol de justicia.—*Dios te salve, María, etc.*

Dios te salve, lucidísimo *Sol*, que con admirable caridad diriges la vida del justo, invitándole á progresar de virtud en virtud, como en constante progreso desde su nacimiento hasta su plenitud va iluminándonos el sol desde que aparece en el horizonte.—*Dios te salve, María, etc.*

ORACIÓN.

¡Oh María, Madre Santísima de la Luz! ¡Virgen llena de toda gracia, la más hermosa de todas las creaturas, la única bendita entre los hijos de Adán! ¡Pura é inocentísima paloma, en cuyo candor immaculado se deleita el Hijo del Altísimo; cándido lirio, cuyo purísimo aroma corren á aspirar ansiosos todos cuantos sienten germinar en su alma el amor á la pureza y las delicias de la castidad! ¡Madre Virgen, mil veces admirable, cuyo seno purísimo, consagrado como por divina unción, ha podido contener á Aquel á quien no puede abarcar la inmensidad de los cielos!..... ¡Oh, cuán feliz habéis sido en vuestra

santísima vida, al contemplar con tan dulce complacencia su Humanidad sacratísima, prodigándole como amorosa Madre los más tiernos cuidados y los más gratos obsequios de purísimo amor! Por dicha nuestra, la misma oportunidad tenemos, aunque tan indignos, todos los hijos de la Iglesia, siempre que le recibimos dentro de nuestro pecho en la sagrada Eucaristía. ¡Ah! si en estas felices circunstancias nos esmerásemos en acogerle en nuestro corazón con las debidas disposiciones! Digna sois Vos de eternas alabanzas, por haberle llevado con tan delicada pureza y tan ardorosos extremos de finísimo amor en vuestro seno virginal. Nombre impercedero goza el Bautista, por haber tenido la dicha de bautizarle; y sin embargo, rehusaba con humildad rendida tanta honra, y estremecíase al acercarse á la divina Majestad. Glorioso es desde hace siglos el sepulcro, en que reposó después de su muerte su cuerpo preciosísimo. Pues ¿cuántas no deben ser mi santidad y mi pureza, para recibir en mi corazón, no ya el cuerpo muerto del hombre Dios, sino la sagrada Humanidad y la Divinidad adorable del que vive ya, para nunca más morir, triunfador y glorioso por los siglos de los siglos?

Conseguídmne, pues, Madre piadosísima, la gracia de concebir y aorecentar en mi alma el más tierno, humilde y delicado amor hacia la sagrada Eucaristía, para que me acerque confiado á recibirla con las debidas disposiciones y creciente fervor; animado con aquellas palabras dulcísimas de vuestro divino Hijo: "*Quien come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna; y yo le resucitaré en el último día. Porque*

mi carne verdaderamente es comida; y mi sangre es verdaderamente bebida. Quien come mi carne, y bebe mi sangre, en mí mora, y yo en él."

Y, pues sois amorosísima Madre del divino Jesús, que nos ofrece tan regalado y saluífero manjar, hacéd que el sincero amor con que frecuentemente le recibamos, asegure en nosotros la posesión de esta preciosa garantía de vida eterna.—Amén.

LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ, ADORNADA

DE SINGULAR PUREZA.

La pureza y la inocencia vistense del mismo candor, y tienden al mismo fin. Llámase inocencia la limpieza del corazón y la pureza del alma, y el que con ellas se halla enriquecido y en ellas persevera, tendrá la inmensa dicha de ver á Dios, como enseñaba nuestro amabilísimo Jesús. Innata y esencial es á Dios nuestro Señor la pureza; y por gracia la concedió á la Santísima Virgen, como enseña el Doctor Angélico, para que pudiese ser digna Madre del divino Salvador. Y tan pura fué en toda su vida santísima, esta prodigiosa imagen de la Santísima Trinidad, que á ésta apareció semejante en su maravilloso candor, con la diferencia de que en la Trinidad Beatísima la pureza es esencial, en María es participada y por gracia.

Dios está en todas partes *por esencia*, porque á todas las cosas da el ser; *por presencia*, porque todo lo ve; y *por potencia*, porque gobierna y sostiene el universo, y puede crear otros nuevos. Pero para trono de su majestad, y palacio de su grandeza, creó los

cielos, como dice el Real Profeta: "¿Quién como el Señor nuestro Dios? El tiene su morada en las alturas." Más sublime que los cielos es María, como dice San Jerónimo: "Si te llamo cielo nada digo; pues eres más pura, más brillante, y más alta que él." Y "cielo de los cielos" se llama María, por su pureza y hermosura, como morada predilecta de Dios nuestro Señor. Por eso, San Juan Crisóstomo, dulcemente conmovido ante tal sublimidad y pureza, la saluda diciendo: "¡Dios te salve, trono de perlas, cielo de nieve, Virgen de inocencia, Madre purísima!"

Exquisita y perpetua pureza debía adornar el alma benditísima de María, pureza tal, observa San Anselmo, que no pudiera concebirse otra mayor después de la pureza divina; puesto que á María había de confiar el Señor, como á Madre, á su mismo divino Hijo, al cual ama como á sí mismo y engendra igual y consustancial con El desde toda la eternidad. Pura y purísima la proclamaban unánimes con el más tierno entusiasmo la santa Iglesia y los sagrados Doctores. "María, dice San Buenaventura, era purísima y castísima en su cuerpo, en sus sentidos, en su Corazón y en su bendita alma; tan pura, tan casta, que su sola presencia inspiraba pureza á los demás."

La pureza, como observa San Cipriano, es la gloria de nuestro cuerpo, el ornamento de las costumbres, la santidad de la mujer, el lazo de la modestia, el origen de la castidad, la paz de la casa y la base de la concordia. La pureza es sumamente reservada, y aparece siempre brillante; es venerable á los ojos de sus mismos enemigos, que tanto más la admiran, cuanto que no pueden combatirla ni triunfar de ella.

No busca la pureza ornamento alguno extraño, porque ella misma es su más bello ornamento. Hácenos agradables á Dios y nos une á Jesucristo; combate todos los movimientos ilícitos y pensamientos sensuales; conquista la paz para los cuerpos y para los espíritus; y feliz por sí, hace felices también á los que la poseen.

Sin pureza no se puede ver á Dios; como nadie puede ver la luz clarísima del sol, si no tiene limpios los ojos. ¿Cómo, pues, no había de ser pura sobre toda ponderación la Santísima Virgen, destinada á ser Madre de Dios, y hacer con el Hombre Dios, contemplándole de hito en hito, los más tiernos y cariñosos oficios que con un hijo amado puede hacer la madre más sensible, más dulce y afectuosa? Tan amante fué siempre de esta virtud, que cuando el celestial mensajero y arcángel San Gabriel vino á anunciarle que sería Madre del Altísimo, no aceptó esta suprema dignidad, sino después de haberse asegurado de que la maternidad divina no había de menoscabar en lo más mínimo el voto de virginidad, que tenía hecho. Pureza verdaderamente heroica, que hacía exclamar á San Bernardo: "¡Oh Corazón magnánimo! ¡Oh Corazón más firme y estable que la tierra, más elevado que el cielo! Mas, á fin de que sepan todos los siglos cuán fiel es Dios en recompensar á los que le sirven, María será Virgen y Madre á un mismo tiempo; será bendita entre todas las mujeres, y será bendito el fruto de su seno purísimo."

¡Oh Madre Santísima de la Luz! Dignaos infundir en nuestras almas la virtud preciosísima de la pureza, para que convertidos por ella en templos,

tabernáculos y vasos de la divinidad, vivamos siempre como fieles hijos de Dios, miembros de Jesucristo y coherederos suyos en la gloria eterna.—Amén.

EJEMPLO.

En la ciudad de Caltagirone (Sicilia), según consta de expediente canónico debidamente formado, el P. Franciscano Fr. Bernardino de Augusta testificó que, habiendo conjurado á un energúmeno en presencia de algunos sacerdotes y personas autorizadas, para que hablase acerca de la pureza de María, dijo el 6 de Diciembre de 1731: "Nosotros (los demonios) no tenemos parte en Ella, porque siempre fué pura; y como fué siempre Virgen, antes del parto, en el parto y después del parto, así fué siempre Inmaculada en la mente de Dios y desde la eternidad, antes de su Concepción, en su Concepción y después de ella. . . ." Abandonaron entonces al energúmeno algunos espíritus infernales, y con grande admiración de todos los circunstantes, gritaron: "¡Viva María Inmaculada!" El día 10 del mismo mes, después de haber atormentado horriblemente al energúmeno, y haberse visto obligado á alabar á María, exclamó uno de aquellos demonios que el haberla alabado le causaba mayor pena, que la eternidad misma de sus tormentos. "¡Yo alabar á mi eterna enemiga! decía él. ¡Yo que siempre te maldigo, y te maldeciré por toda la eternidad! ¡Yo alabarte! ¡Oh mi perdido poder ¿á dónde te fuiste?" De nuevo le obligó á hablar el exorcista, y entonces dijo á grandes voces: "¡Qué hermosa eres, oh Virgen, en el primer instante de tu Concepción, vencedora de nuestro reino!"

*Ave, lumen gratiae,
Deo valde grata,
Summae Sapientiae
Nutu fabricata;
Radix pudicitiae,
Nunquam inquinata,
Labis primigeniae
Semper illibata.*

(San Tarasio, Patriarca
de Constantinopla).

Salve, Luz de gracia,
Reina incomparable,
Obra del Eterno
La más bella y grande;
Río de pureza,
Cuyo hermoso cauce
No manchó la culpa
De Adán nuestro padre.

J. V.

OBSEQUIO Á LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

Ofrecer con alguna frecuencia á María una corona de flores espirituales, ó sea de varios actos de virtudes y de mortificaciones, practicados por su amor.—Esto hacia diariamente San Estanislao de Kostka; y felizmente, esto es muy común entre los verdaderos devotos de la Santísima Virgen, pues saben que nada puede serle más agradable que imitarla en su santidad y en sus virtudes.

Ant. Celebremos con alegría, etc.

Deo gratias. **DIA NOVENO.**

Por la señal, etc.

Señor mio Jesucristo, etc.

ORACIÓN PARA TODOS LOS DÍAS.

¡Oh María! etc.

(Petición, etc.)

ALABANZAS Á LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

Dios te salve, María, MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ, Estrella virginal y clarísima, de la que vaticinara Balaam: "De Jacob nacerá una Estrella," y á la cual veneraron gozosos los Magos, al tributar sus rendidos homenajes al Rey de reyes.—*Dios te salve, María, etc.*

Dios te salve, espiritual Espejo de altísimos vaticinios, por el cual predijeron los profetas la incomprendible abnegación del divino Verbo al vestirse de nuestra humana naturaleza en tu seno virginal y purísimo.—*Dios te salve, María, etc.*

Dios te salve, hermosísimo Sol; pues, como la más bella entre todas las creaturas, á semejanza del sol entre los demás planetas, eres la primogénita y la más digna entre todas ellas.—*Dios te salve, María, etc.*

ORACIÓN.

¡Oh María, Madre Santísima de la Luz! Vos sois la única que habéis superado toda pureza y vir-

ginidad; la maravillosa Zarza que vió Moisés arder sin consumirse; el monte santo; la ciudad de Dios; y la creatura singularísima, hermosa por naturaleza, en la cual no cabe sombra alguna de culpa! Semejante á la graciosa aurora, clara como la luna, brillante como el sol, vestida del cándido ropaje de la gracia que no tiene mancha; desde que aparecéis en el mundo sois la maravilla del universo. Pero vuestra gracia y hermosura, Virgen inocentísima, no las constituyen tan sólo vistosas y fragantes flores, que suavemente embelesen los sentidos; sino dulces y copiosísimos frutos, que alimentan el alma y multiplican y robustecen las místicas plantas que embalsaman el jardín amenísimo de la Iglesia. Porque las pruebas más expresivas del amor son las obras, y el verdadero amor de Dios no puede jamás permanecer ocioso.

¡Ah! ¡Si todos nosotros, Madre piadosísima, entiendiésemos prácticamente esta lección! Para que no nos limitemos á concebir hermosos planes que no se traducen en obras, ni gastemos un tiempo preciosísimo en imaginar lo que debemos hacer sin movernos á hacerlo en realidad; el Espíritu Santo nos previene con estas divinas sentencias: "Todo árbol que no da buen fruto, será cortado y arrojado al fuego. . . . No todo aquel que me dice: Oh Señor, Señor! entrará por eso en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre celestial." Y en verdad, que fácilmente se nos ofrece la razón de la necesidad de las buenas obras, una vez conocido el carácter de nuestra santa Religión. Porque "de qué servirá, como observa el apóstol Santiago, el que uno

diga tener fe, si no tiene obras? ¿Por ventura á ése tal la fe podrá salvarle?" La misma gloria de Dios nuestro Señor, que debe constituir incesantemente la aspiración de todo nuestro ser, nos enseña también con no menor claridad que no bastan oportunos propósitos ni ardorosos suspiros cuando se trata de servir á Dios, sino que son necesarias las buenas obras: "Brille así vuestra luz ante los hombres, ensaña nuestro divino Salvador, de manera que vean vuestras obras buenas, y glorifiquen á nuestro Padre que está en los cielos."

Conseguidnos, pues, Madre Santísima de la Luz, gracia que nos haga ser diligentes en la práctica de las obras buenas, y aprovechar cuidadosos las oportunidades que se nos ofrezcan, para trabajar por la gloria de Dios y el bien espiritual y temporal de nuestros prójimos; juntos ó aislados, con muchos ó pocos elementos y con mayor ó menor probabilidad de éxito, persuadidos de que el éxito es de Dios, y los esfuerzos deben ser nuestros, con el auxilio de la gracia. ¡Que después de haber trabajado mucho, reconozcamos con sincera humildad que somos siervos inútiles; y en vuestra compañía glorifiquemos al Señor eternamente en los cielos!—Amén.

LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ, PORTENTO
DE CELESTIAL HERMOSURA.

Al hablar de la maravillosa hermosura de nuestra Madre Santísima, exclamaba San Bernardo: "Tú eres llamada hermosa como la luna, y con razón eres comparada con ella: sola ella entre todos los astros

puede parangonarse con el sol, pues radiante de belleza por su blancura argentina, resplandece en el cielo más que todas las estrellas. Tú, imagen expresiva del Sol, resplandeces gloriosa en los cielos por tu pureza virginal entre los muchos miles de astros que sirven á Dios. Tú, por tanto, hermosa como la luna, mejor dicho, más hermosa que la luna; porque eres toda hermosa, y mancha alguna no hay en Ti, ni tampoco cambio ó mutación. Tú eres escogida como el Sol, es decir, aquel Sol divino creador del sol. El es el escogido entre millares de hombres; Tú la escogida entre millares de mujeres: El es el escogido entre cuantas cosas existen; Tú la escogida entre cuantas cosas existen por El.

Unánimes y entusiastas convienen los Santos Padres en reconocer la hermosura incomparable de María. San Juan Damasceno dice: "Vos tenéis, Señora, una vida, y por consiguiente una hermosura que sobrepasa las leyes ordinarias de la naturaleza; y no es extraño, puesto que no la habéis recibido por vos misma, sino por Dios; porque Vos habéis sido formada con el fin de servir á la salvación de los hombres y cooperar al cumplimiento del designio, que el Señor había formado, de la Encarnación del Verbo Eterno. Vuestro *apetito* ignora la sensualidad; pero á ejemplo de la misma razón, aliméntase de santos afectos. Y así sois el verdadero árbol de la vida, que no podéis ofrecer sino buenos frutos, sobre todo después de haber dado al mundo el fruto de la vida verdadera, que no es otro que el Verbo encarnado. Vuestros *ojos* están formados para mirar siempre hacia arriba, y para fijarse sin cesar en vues-

tro Señor y en vuestro Dios. Vuestros *oídos* hállanse acostumbrados á la música de los ángeles y á las palabras del Espíritu Santo, sobre todo después que por ellas ha entrado la Salud del mundo. Vuestro *olfato* no tiene otro objeto, que aspirar la dulzura de los perfumes del celestial Esposo, cuyo solo nombre es un aroma universal. Vuestros *labios* sólo se emplean en alabar á Dios. Vuestra *lengua* destila sin cesar el néctar de santísimas palabras. Vuestro *Corazón* no respira, sino por Dios; no aspira, más que á Dios; no suspira sino por Dios. Vuestro *seno* *purísimo* es la regalada mansión de Aquel que contiene en sí todas las cosas, y no puede ser contenido en la inmensidad de los cielos. Vuestras *manos* son como la triunfal carroza en que se complace en aparecer la infinita majestad de Dios. En vuestro *regazo*, más puro que el trono formado de querubines, descansa el Hacedor altísimo, Creador de los cielos y de la tierra. Vuestros virginales *pies* han estado siempre iluminados con los esplendores de la ley de Dios, y todos sus pasos se han dirigido á encontrar al divino Esposo de las almas puras y atraerle con celestiales encantos á la tierra. En fin, Vos sois el santuario preciosísimo del Espíritu Santo; Vos sois un mar inmenso de todas las gracias; Vos sois toda pura, y toda hermosa."

San Andrés de Creta llama á María "estatua preciosísima, formada por la mano del mismo Dios."—Ricardo de San Victor dice que su aspecto es todo angélico, como su alma.—Jorge de Nicomedia exclama: "Oh Tú, la más bella y agradable de todas las y hermosas."

las hermosuras! ¡Oh Virgen santa, ornamento sin igual de toda belleza!"

De la hermosura encantadora de su alma purísima, da testimonio el Espíritu Santo, cuando la dice: "¡Oh, y qué hermosa eres, amiga mía! ¡Cuán bella eres!". Y esto mismo repite en otras páginas del sagrado libro del Cantar de los Cantares, añadiendo en una de ellas que es hermosa, y "vivos y brillantes sus ojos, cómo de paloma," "además de lo que dentro se oculta," como si quisiera indicar que su hermosura no es de esas bellezas terrenales que exteriormente fascinan, y con las cuales no están, tal vez, de acuerdo la vileza y ruindad del corazón. No; la hermosura y "la principal gloria ó lucimiento de esta hija del divino Rey, está en el interior," en lo íntimo de aquel Corazón purísimo é immaculado, constantemente encendido en amor de Dios y en caridad maternal y tiernísima para con los hombres.

"Jamás se ha visto, dice el P. Poiré, una creatura tan hermosa, como la Santísima Virgen: tan bien dotada estaba de esta cualidad, que con razón podía decirse que la naturaleza había andado con Ella tan pródiga como la gracia, que su cuerpo no era menos perfecto que su alma; y que su hermosura, aunque no atendida, encerraba todo género de purísimos atractivos. Descollaban en Ella la majestad y la dulzura, que la hacían amar y temer, y la hacían más estimable, pues elevaba los corazones á Dios, inspiraba santos pensamientos y de todos los corazones hacía brotar castos deseos. Por otra parte, su divino Esposo, el Espíritu Santo, dignase reconocer complacido esta cualidad, llamándola toda hermosa y sin

mancha; es decir, hermosa en su aspecto, hermosa en su cuerpo purísimo, y más aún en su alma." Con sólo fijar la vista en el celestial semblante de María, San Dionisio Areopagita quedó como dulcemente arrebatado y fuera de sí, y comunicaba esta impresión al apóstol San Pablo, diciéndole: "La hubiera adorado como á Dios, si la fe divina no me advirtiese que no lo era."

¡Oh Madre Santísima de la Luz, hermosa sobre toda hermosura! Conseguídnos gracia para purificar y embellecer, con buenas obras y cristianas virtudes, nuestras almas, y arribar un día, después de las tempestades de esta vida, á las playas eternas del cielo. —Amén.

EJEMPLO.

Había en la ciudad de Caltagirone un caballero que, avergonzándose de confesar al sacerdote los pecados cometidos, cometía frecuentes sacrilegios. Enfermó de muerte; y diciéndole el médico que era preciso recibiese los últimos sacramentos, ni aun en este caso se resolvió á confesarse bien y recibió también sacrílegamente los sacramentos del Viático y Extrema-unción. Próximo á morir, acometióle tales angustias, que decía: "Yo estoy condenado sin remedio! Vendrán pronto los demonios, y me llevarán á arder en los infernos." Consolábanle los circunstantes, y creyeron, al fin, que deliraba; pero el sacerdote que le asistía, viendo que sus esfuerzos por tranquilizarle eran estériles y que estaba próxima la muerte, temiendo no estuviere limpia su conciencia, tomó una estampa de la Madre Santísima de la

Luz, é invocándola como á refugio de pecadores, la aplicó al pecho del moribundo. ¡Caso verdaderamente prodigioso! Iluminada al contacto de la preciosa Imagen la mente de aquel infeliz, cesó su turbación y pidiendo al sacerdote que se le acercase, se confesó con las mejores disposiciones y murió con dulcísimos consuelos.

Ave sole purior,

Luna plena pulchrior,

Splendida María;

Coeli luce clarior,

Cunctis astris gratior,

Digna laude pia,

In te solem gratiae

Christus sol justitiae

Mire radiavit:

Cujus lux laetitiae

Mortis et moestitiae

Tenebras fugavit.

(San Pedro de Sicilia, obispo).

Salve, María, portento

Que amante creara Dios,

Más hermosa que la luna

Y más brillante que el sol.

Tú vences con la hermosura

De tus rayos, el fulgor

De los astros que del cielo

Tachonan el pabellón.

Como en sol de gracia hermoso

En Ti, cuando te creó,

Irradió el Sol de justicia

Su divino resplandor.

Cuya luz al afligido

Dió alegría y bendición,

Y las tinieblas de muerte

Con sus lumbres ahuyentó.

J. V.

OBSEQUIO Á LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

Suplir las faltas que se cometen en el servicio de María, ofreciéndole la admirable obediencia que la dedicó siempre su divino Hijo.—Esto enseñó Cristo nuestro Señor á *Santa Matilde*; pues un día que la santa religiosa se lamentaba y confundía ante El, por no haberservido nunca á su purísima Madre tanto como debía, el dulcísimo Jesús, acercando á su divino Corazón la boca de Matilde, la dijo: “De aquí has de sacar todo cuanto desees ofrecer á mi amadísima Madre.”

Ant. Celebremos con alegría, etc.

En la festividad de la Madre Santísima de la Luz.

Por la señal, etc.

ACTO DE CONTRICIÓN.

Señor mío Jesucristo, Dios y Hombre verdadero, por ser Vos quien sois, y porque os amo sobre todas las cosas, me pesa de todo corazón de haberos ofendido. Mancillada como ha estado mi alma por la de-